

“DIOS Y LA CIENCIA”.

Año 60 Santiago de Chile, un barrio donde nací que no voy a nombrar. Tiempos de pobreza. Donde era normal, ver aun carretelas con caballos guardados en los pasillos anchos de las casas de arriendo (convenillos). Gente humilde sufriendo las inclemencias del crudo invierno, sumarle el alcoholismo en la mayoría de las familias. Ya era un triste espectáculo.

El analfabetismo, hacía ver un futuro poco halagador para la gente en que su prioridad era comer y abrigarse. Pues la mortandad de infantes y recién nacidos era alarmante. Pululaban por las calles de tierra, no pocos animales, como caballos, burros y ovejas pastando por lo que se pudieran llamar veredas.

Muchos perros vagando, teniendo serios encontrones con los de la casa, terminaban peleando hasta morir sin que nadie pudiese hacer nada. El riesgo de contraer la rabia era evidente. Los vagabundos casi siempre alcohólicos, ya eran conocidos nuestros y los nombrábamos por sus nombres.

No puedo dejar de hablar de los guapos del barrio. Los choros. Que eran los amos de las tabernas, prostíbulos y los clandestinos. Era de conocimiento general que cuando dos choros andaban cerca en el barrio, luego corría la noticia de que se enfrascaron en una pelea a cuchillo. Raro era ver que se mataban, solamente heridos. Solo era una demostración de poder, para iluminar su cartel de choro, y así ganarse el respeto en la temerosa comunidad. Un matadero al lado de un caudaloso canal proveía carne fresca a las carnicerías y subproductos, etc. Y los trabajadores (matarifes) como se les llamaba sacaban su ración para sus casas.

Yo como niño de 16 años, solo miraba como mis amigos lo hacían; no era respeto, era temor con sus ropas blancas manchadas de sangre y un saco de carne de igual manera. Un gran cuchillo afirmado con una ancha faja a la cintura, los hacia ver como temibles, pero normalmente eran hombres de bien, tranquilos, que optaron por este oficio. Al final de nuestra calle, había un bodegón, donde se vendía leña de monte muy apetecida en aquel tiempo. Carbón, maíz y trigo para las aves, infaltables en cada casa. El guano de los caballos era pan de cada día, y que sobre los pisos de adoquines aguachentos hacia ver con mas tristeza el vivir de la era.

A un costado vivía una viuda, vieja para aquel tiempo. Sesenta y cinco años aproximados vistiendo de rígido negro, con sus polleras hasta el suelo luciendo su gordura y su recio carácter. La Sra. Mercedes la Menche para los amigos. Dos hijos grandes y corpulentos 25 y 35 años, aseguraban el respeto y la tranquilidad de la casa y el entorno. Un sobrino, según ellos allegado a la casa para su cuidado, era el care bruja un papelucho, personaje de la escritora Marcela Paz, ahora revestido de carne y hueso, vuelto a la vida. Alto como sus parientes delgados en extremo, con una cabellera negra y despeinada, como que nunca conoció una peineta, ni un corte de pelo adecuado. Ojos grandes, pálido. Y muy feo, como nosotros lo calificábamos. Cara de bruja le decían todos, porque se veía muy raro con la mandíbula inferior y superior, saliente, como si de una cabra de monte se tratara, y una gran boca, con sus dientes grandes y desordenados, le hacían honor al mote de cara de bruja.

Era de muy buen humor, y se reía a carcajadas cada vez que era posible, sus labios babientos se los secaba con la manga de su chaleco luego de reírse, nosotros reíamos con él. Llegó a ser parte del grupo compartiendo conversas de cabro chico, y pichangas, con la infaltable pelota de plástico, que con suerte duraba un primer tiempo. Luego, teníamos que conseguir otra, juntando monedas por doquier. Una (vaca) como decimos.

La Menche solo le daba permiso para que se juntara con nosotros en la cuadra. Si se iba más lejos, ahí aparecía la Menche con una varilla de arbusto, para recordarle de dolorosa manera, los límites pactados.

Al care bruja, como que le asentaban los pantalones cortos adaptado de un adulto, con los típicos suspensores dejando ver sus piernas largas, peludas, y sus grandes pies, Paterson en ocasiones le decíamos sonriendo.

Se las arreglaba para ser servicial con los vecinos, haciéndolas de mandadero, con lo cual lograba juntar algunas monedas. En esos tiempos había emprendimientos, los que podían comprar bicicletas viejas y luego de repararlas las arrendaban por horas, eran unos catres con ruedas, con suerte tenían frenos. El care bruja arrendó la mejor. Estaba yo parado en la esquina de mi casa cuando pasó el cara de bruja. Luciendo su bicicleta, imprimiéndole gran velocidad feliz de la vida, pasando cerca de mi para luego subir la vereda de enfrente. En esos años, eran muy común que por las frecuentes lluvias el agua se acumulara en los anchos pasillos de los conventillos, los vecinos cavaban zanjas para que el agua escurriera hacia la calle

en lo que se le podía llamar vereda, sin pavimento. Había dos zanjas que cumplían ese objetivo a tres metros de distancia aproximados.

Cara de bruja paso por la vereda, a toda la velocidad que le daban sus piernas, la primera zanja detuvo el frágil transporte, haciendo volar al joven por el aire, yendo de plano a caer con su boca en el borde de la segunda franja. Gritos de espanto se hacían oír, ¡llamen a una ambulancia! Ahí quedo el niño con su mandíbula destrozada y desmayado por el golpe. Yo nunca tan curioso no quise verlo, para no tener pesadillas. Pasaron los meses y me entero de que mi hermana mayor estaba de polola con uno de lo hijos de la Menche (pueblo chico) mi padre buscaba a mi hermana con una correa cuando demoraba mucho en las compras y en los mandados y me mandaba a mi a buscarla. Yo como sabia donde encontrarla por la boca de mis amigos. Luego de encontrarla y decirle que mi papa la andaba buscando, me dijo que si quería ver a mi amigo que ya estaba en casa recuperándose. Ahí lo vi... en su cama, irreconocible. Creo que los médicos que lo atendieron no supieron como era su cara antes del accidente. Tenia una nueva cara, más redonda, se veía muy bien, con sus dientes sellados con una pajita para absorber líquidos. Mas gordo y más repuesto. Lo íbamos a ver a diario hasta que un día se levanto de nuevo para aprender a caminar por las calles del barrio. Llamaba la atención de quienes no lo habían visto desde el accidente, pero sabían que era el cara de bruja, irreconocible. Dios y la ciencia se murmuraba, era extraño ver que ya no se reía tanto a pesar de su linda dentadura. Ya mas relajado cuidaba de su vestimenta, haciendo que las niñas del barrio lo saludaran con simpatía al pasar, ya no nos reíamos de él, menos cuando a las niñas que nos gustaban a

nosotros, le pedían que las acompañara de compras o al colegio. No paso mucho tiempo en que se esparció la noticia de que Armando que en realidad así se llamaba, estaba saliendo con una de las chicas. Cada uno vivía su vida y el tiempo transcurrió rápido y la edad promedio nuestra era de 22 a 25 años y yo con ganas siempre de encontrar a la niña de mis sueños, lo que nunca fue. Mis amigos eran coquetos y simpáticos, y no les faltaba a quien acompañar a las compras al ver pasar a las niñas. Yo muy callado y tranquilo solo miraba sus conquistas. Nos encontramos un día cualquiera, cuando de un vehículo estacionado alguien gritaba y no dejaba de tocar la bocina y gritando garabatos que eran dirigidos a mi persona puse atención mientras seguía gritando y decía ¡ a vos te digo weón ! ¿que ya no te acordai de mí? al acercarme me voy dando cuenta de que Armando estaba ahí, en vivo y en directo. El moría de la risa y yo no salía de mi asombro al ver una dama joven bajando del vehículo, con un bebe en los brazos. Y sin parar de sonreír, me dijo: te presento a mi señora y esa es mi guagua de 6 meses.

Linda guagua dije, pero para mis adentros en una milésima de segundos pensé si la guagua no sería fea igual que él en su infancia. Felizmente no fue así. Acto seguido nos invito a tomar la once a la casa de la Menche. Conversamos muy largamente las pichangas, las travesuras de cabro chico y los varillasos de la Menche, tratando de reformarlo. Yo mas silencioso que hablador, no me salía de la mente la imagen de papelucho creación de la Marcela Paz antaño reencarnando en carne y hueso al cara de bruja.

Hoy estaba frente a mí, un joven quien sin ser una belleza se veía bien. Ni suspensores ni piernas peludas y esa gran boca babeante cuando se reía que casi nos asustaba. Pero tuvo pareja e hijos pienso que pudo tener mas hijos, pues lo perdí de vista hasta el día de hoy. Me dejo pensando en las sorpresas de la vida. Dios y la ciencia pudieron convertir al cara de bruja en un ser con cierto éxito, y que un grave accidente termino provocando el milagro. Dios y la ciencia, eso me quedo claro. Tengo estampada en mi memoria aun, mis días de adolescente, las lluvias, el mal tiempo y los malditos sabañones. El frio y los zapatos rotos, en ese Chile pobre de entonces. Pero reíamos mucho, así se vivió, alternando nuestro dolor y el olor a tristeza con las diabluras de niño. Creo que no sufrimos, pues a todos nos paso igual. Mal de muchos, consuelo de tontos. Ya pasé por la universidad de la vida y creo ya tener un diploma ganado, las pellejerías de antes hoy me hacen sonreír. El cara de bruja es para mí hasta el día de hoy un símbolo de entereza, de alegría y querer salir adelante. Yo lo recuerdo siempre con su risa loca, nunca le vi llorar, solamente chillidos cuando la Menche lograba alcanzarlo con su varilla de mimbre infaltable detrás de la puerta. La vida te da sorpresas. Dios y la ciencia esa frase se grabó en mi mente por siempre jamás.

En alguna parte del mundo andará Armando el cara de bruja, tal vez recordándome a mi como el pavo del grupo ya viejo igual que yo estará fumando un cigarrillo haciendo círculos de humo que se van disolviendo en el aire como la vida...lentamente.